

Alan García, el epitafio de una época: vocaciones suicidas

Para unos, su suicidio fue un acto de valentía; para otros, una cobardía. Para él, una señal de orgullo para sus compañeros y una muestra de desprecio hacia sus adversarios.

23 de abril de 2019



Ronald Cárdenas Krenz

Docente de la Carrera de Derecho de la Universidad de Lima

Tenía 6 años cuando pudo conocer a su padre, en una mazmorra, preso por su filiación partidaria ¿Cuántas veces en sus últimos días habrá recordado aquella imagen Alan García? La mañana del 17 de abril, un disparo sacudió al Perú: cuando la fiscalía se aprestaba a detenerlo, se disparó en su cuarto. Había dicho que nunca lo verían “enmarrocado”.

AGP era parte de una rara galería de ex presidentes peruanos: Fujimori preso; Toledo prófugo; Humala ya estuvo en la cárcel y lo más probable es que vuelva; Kuczynski detenido. Solo faltaba él.



Políticos de diversos partidos, legisladores y cerca de un millar de seguidores del ex presidente peruano Alan García acudieron a su velatorio en la sede del Partido Aprista Peruano (PAP) en Lima. /EFE/ Eduardo Cavero/

Pero prefirió la muerte a la humillación. Para unos, su suicidio fue un acto de valentía; para otros, una cobardía. Para él -dice su carta de despedida- una señal de orgullo para sus compañeros y una muestra de desprecio hacia sus adversarios. Lo cierto es que con un 6% en las últimas elecciones, era un dinosaurio en extinción, sin ningún interés para las nuevas generaciones. Quien siempre soñó con un lugar en la historia, no podía aceptar la indiferencia. Por ello, su suicidio fue también un acto político, un desesperado recurso por recuperar el protagonismo.

Histriónico siempre, podía recitar de pronto a Calderón de la Barca, decidir que dejaría de pagar la deuda externa, cantar sin empacho que “hago siempre lo que quiero”, o anunciar la privatización de la banca para “democratizar” el crédito. Empero, la verdad es que no era un perseguido político. Lo perseguían más bien serias denuncias de corrupción por los casos Lava Jato y Odebrecht, agravadas estos últimos días por comprometedoras revelaciones.

La corrupción ha reducido a los partidos en el Perú a su mínima expresión. Y aunque el APRA apueste por el martirologio o Alan pensara en Allende al suicidarse, la historia es diferente.



Foto de archivo del ex presidente peruano Alan García. /El Comercio/GDA via ZUMA Wire/dpa/

Vivimos -siguiendo a Solís Gadea- el desencanto de una política que no promete nada, sino la desesperanza; producto de agotados entusiasmos e innumerables fracasos, decepciones y paradojas, que socavan a la sociedad.

AG fue el más joven presidente del Perú. Y, luego, vuelto a elegir. Su primer gobierno, se recordará sobre todo por una terrible hiperinflación que llegó al millón por ciento y el avance del terrorismo; el segundo, por una plausible reducción de la pobreza y un mayor desarrollo social.

Dijo no temer a la muerte pues ya tenía un lugar en la historia. El tiempo dirá cuál. Se fue sin una sentencia que lo condene, pero sin escapar del veredicto de la ciudadanía.

Que un país pueda juzgar a sus expresidentes, dice bien de la independencia de su sistema legal. Pero si ello se hace con alguna altisonancia; abusando de la detención preliminar y relegando la presunción de inocencia, encarcelando a las personas primero para ver de después de qué se les acusa, hay lugar para la inquietud. Ya la CIDH ha dicho que el uso no excepcional de la prisión preventiva es uno de los problemas más grandes y extendidos de la región, pero, igual, al escribir estas líneas, a Kuczynski, de 80 años, le acaban de dar prisión preventiva por 3 años.

Ante la inminencia de la cárcel y la vejación, sin un sentido para su vida, matarse era en la mente de García la forma más digna de evitarlas, un último recurso para pasar a la historia y tratar de trascender en ella.

Sintomáticamente, siendo creyente, termina su carta de despedida refiriéndose a Dios no para pedir perdón alguno, sino para anunciar que va a El con dignidad.

En el 2021 son las elecciones y el Perú cumple su bicentenario. Con la lideresa del fujimorismo también “preventivamente” presa -Keiko Fujimori-, no se sabe adónde llevarán al país el desencanto y la orfandad política.

Quizás se abra la puerta a un outsider como el indescifrable Julio Guzmán o la izquierdista Verónica Mendoza. Aunque la simpatía popular mira a un joven exfutbolista, hoy alcalde del distrito de La Victoria: George Forsyth. O quien sabe si el flamante alcalde de Lima, Jorge Muñoz, termine cayendo en la tentación de no esperar al 2026. Todo esto, en el mejor de los casos, pues podrían haber alternativas más radicales o heterodoxas, más cercanas a un Evo que a un Bolsonaro.

Las investigaciones sobre la corrupción continúan en el continente. Ya hay dos testigos y un juez sospechosamente muertos; ahora un expresidente suicidado, cuya historia ya empezó a confundirse con la leyenda, con algunas personas que dicen que no murió, que solo fugó para volver una vez más.

Lo real es que Alan ha muerto, pero queda un país preso de odios y rabias, agravado por un funesto legalismo, un progresismo mediático, el morbo sensacionalista -que posteó fotos de García en la mesa de operaciones- y el derretimiento moral. Es esa “modernidad líquida” de la que hablaba Bauman, aunque sin haber gozado de los beneficios de la modernidad, en una sociedad que hace tiempo se viene disparando a sí misma con una extraña vocación suicida.